Para mis abuelos, Ernesto y Hermelinda,
y en memoria de todos sus ancestros.

Un legado hecho palabras
para los más pequeños de esta familia,
y para todos aquellos que quieran conocer nuestra historia.

Agradecimientos

A mis padres, Álvaro y María Elena,
y a mi hermano Álvaro, por su apoyo constante y sus consejos.

A mi tío Henry Reyes, por sembrar la primera semilla de este proyecto
y seguir regándola durante todo el camino.

A mis tíos Judith, Nubia, Alejandro, Mauricio y Jenny,
por compartir sus recuerdos con paciencia y generosidad.

A mis primos y a todos los miembros de este árbol que
aportaron sus palabras a este viaje memorial.

Legado de familia

Historia de los Reyes Peña

© 2025 Daniela Reyes Angulo
Primera edición: Mayo 2025
ISBN: 978-628-01-8788-4
Imprenta Editores S.A

Edición, asesoría y apoyo a la investigación: Juliana Jaramillo Vesga.
Corrección de estilo: Mauricio Galindo Santofimio.
Diseño de árboles genealógicos y diagramación: María Paula Rodríguez.
Fotografía: José Luis Sánchez, Daniela González Cabuya, Cristian Prieto Ávila.
Edición de fotografía: Gustavo Reyes y José Luis Sánchez.
Ilustraciones: Alison Morgane Wahl.
Diseño de portada y cubierta: Virginia Salazar.
Investigación principal y texto: Daniela Reyes Angulo.

Hecho con el apoyo de toda la familia Reyes Peña y el patrocinio de:

hv multiplay

u.s. cherry

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
No se permite la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni transmisión en cualquier forma, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros medios, sin el permiso por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Índice

- Dedicatoria 12
- La historia detrás de la historia 14
- Introducción 18

• **PARTE I: ABUELOS Y BISABUELOS** 23

Casa del tío Buenaventura 25
- Árbol genealógico de Ernesto Reyes....26
- Ernesto Reyes 31
- Elia y Lola 50
- Manolo 67

La casa de María de Jesús y Tomás 81
- Árbol genealógico de Hermelinda Peña....82
- Hermelinda Peña 84
- Héctor 101
- La familia Peña Porras 119
- Recetas y Remedios 136

La casa del Mortiño 147

La casa de Palmita 167

• **PARTE II: HIJOS** 185

La casa de Trinidad Galán 187
- Árbol genealógico de la familia Reyes Peña.....188
- Jenny 191
- Álvaro 213
- Judith 237
- Wilson 253
- Nubia 259
- Henry 275
- Alejandro 299
- Mauricio 319

• **PARTE III: NIETOS** 339

Las nuevas casas 341
- Álvaro Ernesto y Daniela 343
- Jariana y Jakel 353
- Liliana y Tomás 363
- Diego 369
- Santiago, Nicolás, Gerónimo y Lorenzo 373
- David y Victoria 387
- Luciana 393

Epílogo: El consejo de los mayores 397

Referentes.....403

Introducción

Me parezco al que llevaba el ladrillo consigo
para mostrar al mundo cómo era su casa.

BERTOLT BRECHT

Un libro sobre la familia Reyes Peña

Sangre, músculo, hueso, la célula misma, donde está el ADN, habla de los ancestros. Desde la estructura primera, el cuerpo no es una composición de elementos nuevos sino una codificación de señales del pasado, como lo es la estructura familiar, por eso, cuerpo y familia están conectados. Los huesos guardan las memorias de los antepasados; ellos llevan en sí mismos la información de la historia que nos soporta. Las articulaciones son la unión de esas memorias y cada una de ellas guarda un significado. En los tobillos se resguardan los pasos de los padres, el trabajo de sus pies y de sus piernas, que luego es materializado por las muñecas de los hijos.

Esta historia empieza en los tobillos de Ernesto Reyes y Hermelinda Peña. El cuerpo de esta familia son sus siete hijos: Álvaro, Judith, Wilson, Nubia, Henry, Alejandro, Mauricio y la primogénita de Ernesto, Jenny. Además de hermanos, nietos, tíos, esposos, consuegras, padrinos, comadres y compadres, vecinos, amigos, aquí estamos recopilados en esta rememoración colectiva.

Los Reyes Peña cada vez que se reúnen sacan cuentos, chistes, refranes y anécdotas de sus vidas. Son los mismos relatos de siempre, pero se cuentan y se recuentan para los nuevos oídos dispuestos a escuchar. Estas historias transmiten lo que somos, como individuos, como familia, como pachunos y seres humanos.

La que escribe es la hija menor del hijo mayor. Daniela, Danielita, como me dicen en la familia paterna. En esta familia todos tenemos un diminutivo de puro cariño. Incluso quienes tienen sesenta y más, todavía viajan con un ito o ita en su sustantivo propio. Yo, crecida en este pueblo, y mitad costeña (por parte de mamá), alimentada de las historias y de las voces de los antepasados, me decido a dedicar gran tiempo al desarrollo de este libro. Lo hago por una motivación mucho más grande que el compromiso familiar: el autoconocimiento. Así mismo, espero que los que a través de mí lean a nuestros familiares, también lo vean como una señal para llegar a conocerse a sí mismos.

El pueblo donde los tobillos ancestrales empezaron a caminar

Hay dos cosas inalterables en la vida: que nacemos y que morimos. La primera viene con fecha, hora y lugar. Como la última es desconocida y no es más que la causa de la incertidumbre existencial más grande, pues la primera se vuelve notablemente importante. El origen de nuestra familia está en Pacho, allí vuelve la melancolía cuando se ha caminado mucho y no se sabe a dónde se va. Hay miles de pueblos iguales con parque central rodeado de iglesia, alcaldía, banco y comercio, con grandes montañas verdes y gente chismosa, que se suscriben bajo el infaltable lema de "pueblo chico, infierno grande", pero Pacho es especial para nuestra familia.

Es el territorio a donde nuestros bisabuelos llegaron desde diferentes lugares de la tierra y decidieron asentarse. Lo vieron bonito y productivo, lo vieron especial. Así como los muiscas lo hicieron algún día. Nuestra herencia es más que todo campesina y por eso la historia se remonta en un principio a la vereda el Mortiño Occidental, de Pacho.

Desde el corazón y las historias de los abuelos veremos a Pacho desde los años 20 hasta el presente, pero desde mi mirada no faltarán esas comparaciones con lo que es hoy el pueblo, que también es mi lugar natal y por el que siento especial cercanía. Mi recuerdo más certero de Pacho, el que me devuelve al hogar, es el atardecer que se asoma por la ventana de la casa de mi niñez en La Palmita. Eso y la vista lejana de mi pueblo cuando voy en carretera. Hay un punto específico, después del páramo y antes de llegar a las curvas bestiales, donde se ve un pequeño valle, centro de Pacho, rodeado de grandes montañas; a veces todo brillante y vistoso, a veces enceguecido por la neblina. Hoy es un lugar en el que habitan casi 30 mil personas.

Las casas del recuerdo

Este recorrido por la historia de mi familia no está organizado simplemente con una linealidad temporal, pues su construcción tiene que ver con nuestra memoria y con el encuentro de mi voz como narradora que también comparte sus propias memorias. Quienes estamos obstinados en recordar, sabemos que la rememoración no se rige por la línea del tiempo que indica que unas cosas pasaron antes que otras; entonces, el lenguaje que la recupera y la cuenta tampoco puede comportarse así. Por eso voy a utilizar las casas en las que ha habitado nuestra familia como centros vitales para contar esta historia.

Al igual que las casas, las familias tampoco son las mismas y la forma en la que cada generación las experimenta cambia. Así se estructura este libro: cada parte habla de una generación y cada generación habla de sus casas. A partir de este eje, se tocan temas repetitivos y puntuales que nos caracterizan, como el trabajo, la contención de los padres, las recetas naturales y las relaciones con los vecinos y amigos.

Hay una serie de mudanzas y viajes desde lo más recóndito del campo hasta la ciudad. Desde las historias que cuentan de los bisabuelos, vemos la intención de acercarse cada vez más al pueblo para que sus hijos tuvieran acceso a la educación y, por lo tanto, a mejores condiciones de vida según el contexto en el que vivían. Estas migraciones sitúan a la familia en una realidad compartida por muchas personas que podrían identificarse con nuestra historia.

En este recuento de casas no solo se habla de migración, de ir de lo duro a lo fácil, de los saberes del campo al progreso, sino también de las ganancias y pérdidas que han tenido los hogares con estas transformaciones. En pocas generaciones las cosas han cambiado, los abuelos construían sus casas,

nosotros, ahora, las compramos o las arrendamos hechas. Evidentemente, la naturaleza ya no ocupa un lugar protagónico en todos los aspectos. Antes no se trataba simplemente de que la construcción estuviera rodeada de un ambiente natural, sino que ella misma era una extensión de la tierra al estar hecha con materiales como barro, estiércol y guadua. Las casas, al igual que nosotros, son lugares que evolucionan, crecen y se transforman.

Esos cambios los veremos en las partes que componen este libro. En la parte I, generación de los abuelos, se presentarán esas casas del campo. La parte II hablará de la casa de la ciudad. Por último, la parte III, un poco más abstracta, da cuenta de la generación de nietos, donde la casa no es el eje central sino la mirada que tenemos hacia esos preceptos que nuestra familia ha consolidado y transmitido.

El legado

Pasa que sin adjetivos ni adverbios las frases quedan incompletas y este relato sería insípido y resbaladizo. Hay cosas que atravesaron mi emocionalidad muchas veces y quise ponerlas todas con mis juicios afanados, pero preferí no hacerlo, por respeto a quienes compartieron sus vidas con sinceridad. Por eso, traté de mantenerme como observadora y ser lo más cercana a lo que me contaron.

Los invito a que, así mismo, lean con apertura, a mirar a cada persona como un igual, como alguien a quien no le dijeron cómo vivir, e hizo lo que pudo con lo que le tocó en la vida. A todos nos dan consejos de cómo pasar este viaje; solo se va aprendiendo en el camino, sin embargo, puede que las palabras de algunos de los entrevistados les sirvan como una guía. Espero que, para mis familiares, los grandes y los pequeños, conocer nuestras historias sea una oportunidad para comprender, aceptar y asumir la vida que tenemos.

La casa del tío Buenaventura Reyes

Este es un capítulo dedicado a los primeros años del abuelo Ernesto. El escenario de estas historias es la casa de su tío Buenaventura, hermano mayor de su mamá Resurrección, ya que Ernesto no creció con su papá Edmundo Corradine y tampoco recibió su apellido.

Sin embargo, a mi abuelo no le faltó el apoyo de su familia materna. Sus tíos y sus tías fueron como padrinos y madrinas. A pesar de que a veces tenían sus roces, de alguna u otra forma tuvieron la mayor presencia en su niñez y juventud.

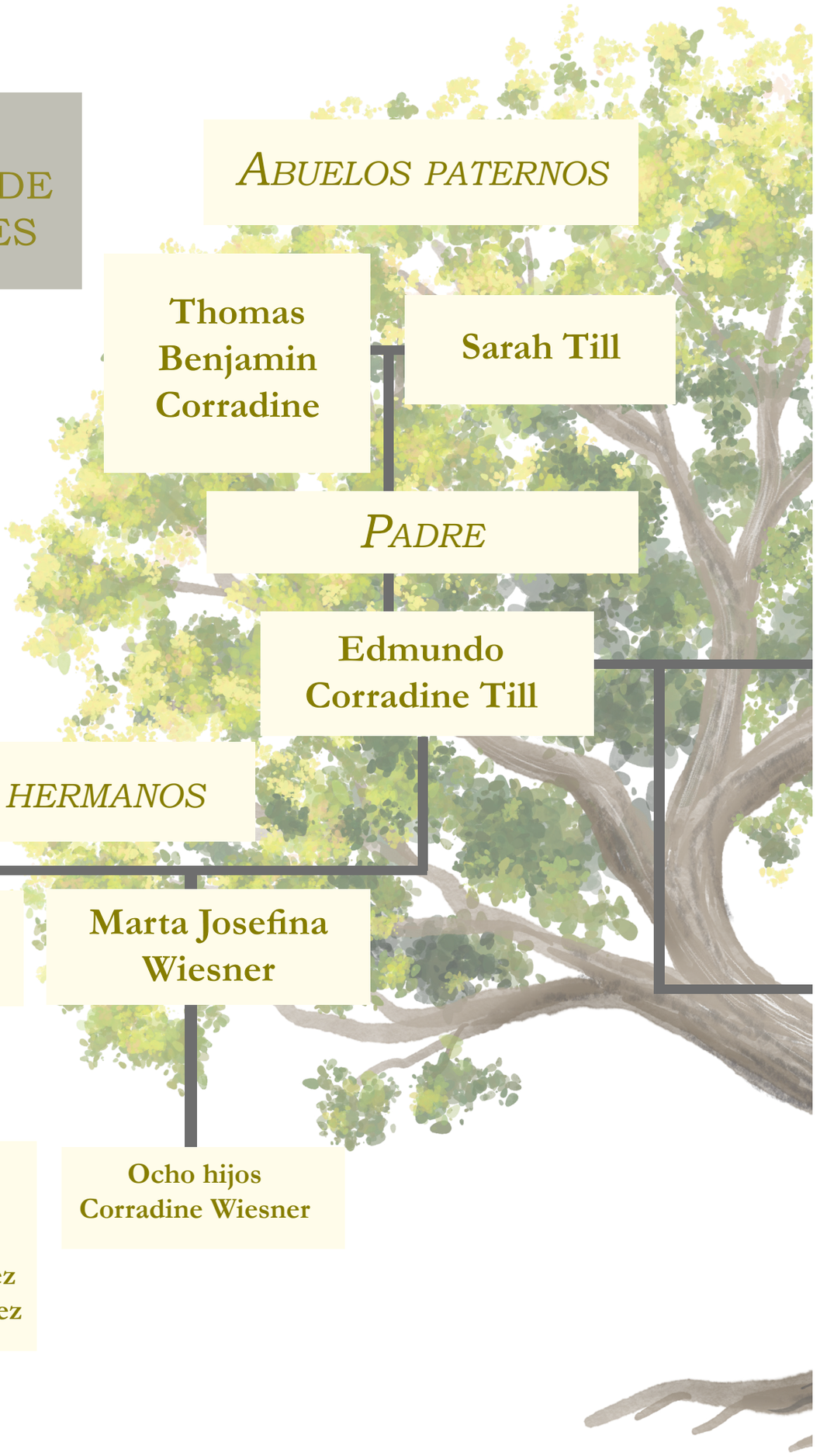
Buenaventura fue "como un papá", dice el abuelo, y coinciden todos a los que les he preguntado. Físicamente, el tío era muy diferente a Ernesto y muy parecido a los hombres de la vereda: de corta estatura, delgado, moreno, de manos fuertes y cara redonda, con un cabello oscuro y abundante. Así lo vi en las fotos que me mostraron sus hijas.

La primera parte de este capítulo le corresponde al propio Ernesto, quien desde su voz nos cuenta lo que recuerda de su niñez y de su juventud. En la segunda, están las hijas de Buenaventura, María Dolores y Elia Reyes, quienes compartieron parte de su niñez con mi abuelo; por último, está su primo Manolo, hijo del tío Heliodoro, que es más contemporáneo a él.

Los cuatro compartieron de alguna manera sus vidas en esta casa y en la finca que originalmente era la herencia de todos los hermanos Reyes Cárdenas. La casa de adobe con techo de zinc era bastante amplia y próspera. Cinco habitaciones, comedor, cocina de leña y arriba todo el zarzo dispuesto para secar café. Afuera tenía un jardín bonito, también una ramada con trapiche para moler caña de ázucar y un terreno grande del que sacaban todo lo que producía la tierra del Mortiño.

Casa que perteneció a Buenaventura Reyes y familia en el Mortiño, año 2023. (Foto Cristian Prieto).

ÁRBOL GENEALÓGICO DE ERNESTO REYES



Abuelos maternos
Félix Reyes
María Dolores Cárdenas
Madre
Resurrección Reyes
Ernesto Reyes

Ernesto Reyes

Tíos maternos

Tíos Políticos

Buenaventura Reyes — **Paulina Gómez**

Heliodoro Reyes — **Eloísa Ordóñez**

Mercedes Reyes — **Juan Bermúdez**

Bárbara Reyes

Florentino Reyes

Ascención Reyes — **Miguel Gómez**

María Dolores (Lola)
Elia
José Alberto
Hugo Alirio
Jesús Antonio (Toño)
Gustavo

Primos

Primos

Manolo
Lilia
14 hijos más

Primos

Edelmira
Gonzalo
Otilia
Delfín
Julia
Gerardo
Olga

Primos

Gerardo Reyes
Carlos Reyes

Primos

Ana Delia
Adelia
Lucía
Campo Elías

Primos

Alfonso
Alfredo
Teresa

Esposas de Manolo

Adelina Peña (Hermana de Hermelinda)

Ana Lucía Santana

Sobrinos

Nelson
William
Amparo
Patricia

Sandra

Ernesto Reyes

Dicen que hijo de tigre sale pintado. El fenotipo de Ernesto se explica, precisamente, por unos genes ingleses que le dieron una pose diferencial frente a los hombres de la vereda. Recuerdo cómo el abuelo caminaba con la espalda rígida y la cabeza altiva. La piel muy blanca, la nariz grande y triangular y una mirada intensa de ojos claros que demostraban un genio fuerte, ese sí herencia de su mamá pachuna. Ernesto nació el 24 de abril de 1929.

Ahora, con más de noventa años, anda un poco encorvado y con ayuda de un caminador, la mirada fuerte le ha cambiado por una más tenue, más tranquila, incluso inocente, porque envejecer, a veces, es como una vuelta a la infancia. Entonces la abuela Hermelinda lo trae, lo lleva, le dice que pase a comer y que tome agua, así como se le dice a un niño. Él hace caso a todo lo que ella diga o, cuando no quiere, apenas le hace un gesto arrugando la nariz y no le para muchas bolas.

Se sienta en su sillón y pasa sus manos de dedos largos, piel pecosa y venas pronunciadas por sus brazos y su pecho, se rasca unas veces con cuidado y otras con fuerza, debido a una alergia que le hace picar la piel. El abuelo nunca fue el hombre más conversador, a diferencia de su esposa Hermelinda a quien le gusta contar y preguntar siempre sobre la vida de toda la familia. Ahora parece que decide ahorrar las palabras o escogerlas muy bien antes de hablar; por eso pareciera que no presta mucha atención, pero la verdad es que habla solo cuando lo considera interesante. De resto, prefiere arrugar la nariz o simplemente responder con un sincero "no me acuerdo".

Hablar de la vida de Ernesto, en especial de su infancia, es como armar un rompecabezas con las pocas fichas que él suelta, o como escarbar cuidadosamente en una tumba de recuerdos que no pensó volver a sacar. Por eso, hice las entrevistas junto a Hermelinda, quien me ayudó a indagar en su vida.

Ernesto Reyes en 2024 y en su juventud. (Fotos José Luis Sánchez).

El aprendizaje ganado a pulso

Una gota de sudor cae de su nariz. Saca una maleza con una raíz larga y próspera que se lleva gran parte del piso en ella y la bota en una carretilla llena de raíces iguales o más grandes. Organiza el suelo de la tierra para que quede despejada. Uno, dos, tres palazos. Luego diez, cien, mil. Son las diez de la mañana y el sol le pega muy duro en la frente y en los ojos. El sudor le baña el pecho y la espalda. Ya no hay más agua de la que había traído y todavía queda mucho terreno por desmalezar. No le queda más que seguir, porque trabajo todavía le falta. Vuelve a enterrar la pala. Piensa que para hacer lo mismo de siempre pues mejor se hubiera quedado en la casa de su tío Buenaventura.

Al atardecer llega muy cansado después de trabajar en la sementera todo el día. Aunque le falta más de medio terreno, todo lo hizo bien. Se mira las manos, están llenas de ampollas, son las nuevas y las viejas, algunas ya son callos de todo lo que ha trabajado en sus apenas quince años. Esta vez le dijeron que iba a hacer algo diferente, pero ya lleva dos semanas en lo mismo. Resurrección le había dicho que don Aníbal le iba a enseñar carpintería. ¿Cómo será eso de coger un pedazo de madera y convertirlo en algo completamente nuevo? Algo que no existía, como una mesa o un butaco, se pregunta mientras se recuesta. Él había pensado que si aprendía bien podría tener su propio taller para nunca volver a la sementera. Se va quedando dormido, no le da frío, aunque no tiene nada para cubrirse. Mañana le digo a don Aníbal que si no me va a enseñar carpintería yo me devuelvo para donde mi mamá.

Al día siguiente, Ernesto se incorpora, se pasa la mano por la cara y sale a la cocina. Está listo para hablar, ya no va a aguantar más en esas condiciones. El desayuno es pan, tinto y plátano maduro. Don Aníbal no se ha levantado así que Ernesto practica mentalmente lo que le va a decir. De pronto, la habitación se abre, don Aníbal sale y le dice: termine lo que le falta de la sementera… Ernesto da un respiro profundo, le va a decir lo que tenía planeado, pero Aníbal sigue: después del almuerzo va al taller, que hoy me va a ayudar a cortar y pulir madera. Ernesto lo mira con los ojos muy abiertos y se levanta, pero escucha que el otro le dice: tranquilo, termine de comer y va. Casi se atraganta con lo que le queda del plátano maduro. Se toma el tinto rapidísimo y sale corriendo.

Julio 7 de 2021, barrio La Palmita, Pacho.

Ernesto y Hermelinda estaban escogiendo café, separaban los granos defectuosos de los buenos. Cuando preguntaba, Ernesto me respondía con frases muy cortas y Hermelinda, en forma de interrogatorio, le sacaba la información que él no completaba. De esta forma, entre los dos me contaron las historias de Ernesto.

—Yo vivía en el Mortiño con mi mamá, donde el tío Buenaventura. Vivíamos con Bárbara y los hijos de ella, el Gerardo y el Carlos —*empieza Ernesto.*

—Y Barbarita, ¿qué era lo que hacía?, porque decían que los hijos eran por allá de un doctor donde iba a trabajar.

—No, la del doctor fue mi mamá. Ella fue por una inyección y él le puso otra.

—Ah, es que ella decía que se había enfermado de una mano y no se curaba. Entonces le dijeron que fuera allá donde el viejito ese, Corradine, que era médico, a ver si le daba tratamiento. Él le formuló unas inyecciones, y en la última, le dijo que se volteara y ahí le puso la otra inyección —*entre las risas de ambos, Ernesto concluyó:*

—Le puso la otra, sí.

Edmundo Corradine Till. (Archivo de Álvaro Reyes).

Hermelinda soltó una carcajada grande y libre; Ernesto, que por lo general se mantiene en una sola actitud, también esbozó unas sonrisas de complicidad. Así me contaron cómo Resurrección Reyes quedó embarazada de Edmundo Corradine Till, un médico botánico descendiente de ingleses. Había tomado tanta fama en los alrededores que la gente iba desde Pacho a las consultas en su finca San Jorge, ubicada en la vereda Córcega en Vergara[1]. Resurrección llegó allí, a pesar de que tenía que hacer un viaje de dos horas en caballo desde el Mortiño.

1 Vergara: municipio de Cundinamarca que limita con Pacho.

Ernesto y Hermelinda durante la entrevista, Pacho, año 2021. (Foto Daniela Reyes).

Resurrección Reyes. (Archivo de la familia Reyes Peña).

Dadas las condiciones en las que Resurrección quedó embarazada, Ernesto heredó solo su primer apellido porque el registrador no le dejó colocar el segundo, que era el Cárdenas de la mamá. Como dice Ernesto, en la casa de Buenaventura también vivía Bárbara, hermana gemela de Resurrección, que también era madre soltera, con sus hijos Gerardo y Carlos; el primero era dos años mayor que Ernesto y el segundo dos años menor.

—¿Cómo la recuerda, abuelo?

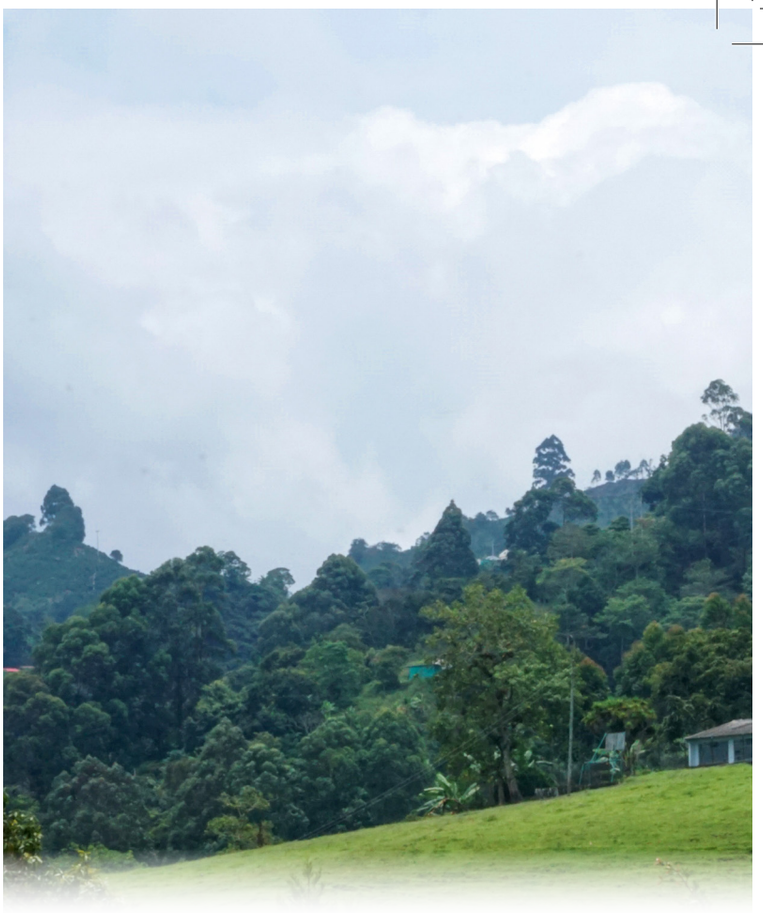
—Mi mamá era muy buena conmigo, ella me quería mucho, yo era su único hijo, pero mi infancia fue muy dura, de mucho trabajo. Ella era una muchacha campesina. Mi papá era un millonario, pero nunca me dijo: mijo, tome una moneda de centavo. Me dio los remedios regalados porái[2] hasta los quince años, pero yo nunca pasé ni cinco minutos con mi papá.

El tío Alejandro me contó una historia que confirma esta afirmación. Un día, cuando era niño, Ernesto estaba muy enfermo, entonces lo subieron a un caballo y lo llevaron a donde el papá para que lo curara. Dijo que Edmundo no los dejó entrar al consultorio, sino que les llevó unos medicamentos a la entrada de la hacienda y les dijo que se fueran.

Resurrección Reyes quedó embarazada a los veintiséis años. Edmundo tenía cincuenta y cuatro. En la sala de la casa donde hoy viven los abuelos hay una foto de su rostro. Me dijeron que era muy fuerte para caminar, que cuando era joven tenía el cabello muy largo y se lo recogía en un moño, y que siempre usaba vestidos hasta los tobillos, cotizas[3] y delantal como todas las mujeres de la época.

2 Porái: Esta es una muletilla que usan mucho las personas mayores del campo en Pacho. Decidí dejar esta versión en vez de "por ahí" como una manera de rescatar la expresión oral característica de ellos. De la misma manera se hizo con "pa" y "pal" que reemplazan las palabras "para" y "para el".

3 Cotizas o alpargatas: zapatos tradicionales del campo, hechas de fibras vegetales como el yute o fique.



Escuela del Mortiño a la que asistieron Ernesto, Hermelinda y algunos de sus hijos, año 2023. (Fotos Cristian Prieto).

—¿Sus abuelos todavía vivían cuando usted nació? —*preguntó Hermelinda con voz fuerte*.

—No, ya habían muerto, por eso vivíamos todos con Buenaventura. Ella era Dolores Cárdenas; y él, Félix Reyes. Ellos venían de por allá de Gachetá[4].

—Claro, cuando eso se vino mucha gente buscando tierra.

—Buscando mejor vida. Allá estaba la gente muy apilada y no tenían casi que comer. Se quedaban en el Mortiño porque les gustaba la tierra de porái.

—Oiga, tantos años y yo no le había preguntado, ¿todavía vivía donde don Buenaventura cuando lo mandaron a la escuela?

—Sí, ahí vivimos harto tiempo.

—Ernesto asistió ahí, a la misma escuela que yo, pero antes. ¿No le tocó con la señorita Lola Santos?

—No, yo estuve con Pepa Barragán y Consejo Sarmiento. Las dos eran señoritas.

—Allá sí hubo una casada, pero eso ya fue cuando puse a los chinos a estudiar. Ya había maestras porái, con maridos mantenidos, la gente decía que esos hombres vivían del sueldo de ellas —*dijo Hermelinda*—, porái decían que esa Consejo Sarmiento era brava, ¿la Pepa también?

4 Gachetá: pueblo de Cundinamarca, ubicado 134 km al suroccidente de Pacho.

—La señorita Barragán sí era tremenda, mandaba a un chino por un chamizo[5] de guayabo verde y con ese mismo le daba, eso había mucho guayabal porái.

— Me imagino que también con una férula[6]. ¡Cuando eso sí daban regla o palo! Hola, Ernesto, cuando usted estudió, ¿sí era un día los hombres y otro día las mujeres?, a mí sí me tocó así.

—Sí, íbamos como cada tercer día.

—Abuelo, ¿qué era lo que más le gustaba aprender en la escuela?

—Yo qué me voy a acordar de eso, mija.

Ernesto, agachado sobre la mesa, separó un montoncito de granos de café. Primero los sopló para que volaran las cáscaras y los mugres, luego los rectificó con la mano. Hermelinda le preguntó si ya lo había mirado todo. Él le dijo que sí, pero ella igual corrió el montoncito para su lado y empezó a mirar que sí estuviera bien escogido. Ernesto se quedó quieto por un rato, agarró otro montoncito de café y siguió revisándolo lentamente. La abuela volvió a la conversación retomando las historias de la escuela.

—¿Cómo fue lo de la pilatuna de la naranja?

5 Chamizo: rama de árbol suelta.

6 Férula: regla pequeña para castigar a los muchachos de la escuela.

—Estábamos almorzando y como de aquí a la mesa le boté la naranja a un chino. Mucho de malas yo, preciso le rompí el plato. Cuando eso eran platicos ahí de barro. Ahí sí mándese a perder… me tocó estar todo el mediodía escondido y que los chinos me llevaran los libros.

—Pobre chino, lo dejaría sin almuercito.

—Eso quién sabe si le darían más, yo creo que sí. La profesora nos hacía el almuerzo a todos. Éramos hartos, porque llegaban chinos de por allá de Guacamayas, Algodonales, El Carbón, Cerinza, las Águilas[7]... Había unos que venían de bien lejos.

—Sí, al Mortiño venían desde muchas veredas que no tenían escuela.

—Después de la escuela me tocaba ir a hacer oficio a la casa, más que todo era coger café y desyerbar[8]. Buenaventura tenía caña, cafetales y ganado.

—¿Abuelo, y a usted lo regañaban o le pegaban? —*Como Ernesto no se acordaba, Hermelinda respondió:*

—Él contaba que una vez no se quería tomar un purgante y la mamá le iba a echar juete[9], entonces salió corriendo y la pobre viejita detrás de él ya no daba más. Ahí él se volteó y le dijo: ¡me alcanzará primero una culebra! —*Hermelinda soltó una carcajada. Mientras tanto, Ernesto parecía esforzarse en recordar sin lograrlo. Ella cambió de tema y le preguntó*—: ¿Entonces cómo aprendió la carpintería?

Ernesto el día de su primera comunión. (Archivo de la familia Reyes Peña).

—Me enseñó un señor Aníbal Ordoñez que era vecino de nosotros. Es que mi mamá iba allá porque ella tenía una vaca y cuando se ponía en calor la llevaba para que don Aníbal le prestara el toro. Entonces él le dijo que si no me provocaría aprender carpintería, me preguntaron, y yo dije que sí. Pero la mayoría del tiempo me ponía a desyerbar. Por ahí uno que otro día sí me ponía labrar una tabla, a desalabear[10].

7 Guacamayas, Algodonales, El Carbón, Cerinza y Las Águilas: veredas colindantes con el Mortiño.

8 Desyerbar: arrancar hierba mala o maleza.

9 Echar juete: castigar físicamente.

10 Desalabear: quitar el alabeo o la curvatura de una pieza de madera para que quede plana.

Ernesto tenía más o menos quince años cuando empezó a aprender carpintería, un oficio que se convertiría en el más importante de su vida. Le pregunté si le gustaba su profesión y me respondió cerrando los ojos, asintiendo con la cabeza y con un rotundo sí. Hablar del trabajo lo animó un poco más y dejó a un lado los granos de café que estaba seleccionando. Entonces me contó que donde Aníbal se quedaba algunos días de la semana, él le había dejado un catre[11] y una habitación para dormir.

»Ahí había tres chinos que me hacían muchos males, Miguel y Arcadio, que eran trabajadores; y Catón, que era hijo de Aníbal. Lo que es ser uno bruto, yo nunca di quejas. Una mañana llegaron los tres y se me montaron encima. Yo estaba durmiendo, cuando se echaron sobre mí, saqué la mano derecha que tenía libre y le puse a Catón una palmada.

—No, qué palmada, ¡un puño! Eso le negrió el ojo… — *Hermelinda.*

—Sí, le negrié el ojo y me demandaron. Tocó ir con mi mamá donde el inspector a contestar la demanda. Cuando llegó don Aníbal con el hijo, me regañaron. El inspector les dijo que tenían primero que respetar a los obreros para que los respetaran también. Pero no pude volver donde don Aníbal y me pusieron una caución. Lo bueno es que ya había pasado harto tiempo allá y alcancé a aprender bien la carpintería. Después fui con mi mamá para recoger un baúl con ropa que se me había quedado. El que siguió yendo fue Gerardo, porque se enamoró de una hija de don Aníbal que se llamaba Blanca. Era la primera hija, tenía un cuerpo muy bonito.

Ernesto asintió con la cabeza. Me explicaron que el inspector era un residente de la vereda que se hacía cargo de mantener la paz y promover la moral entre los vecinos. Era una figura muy respetada, a él le llegaban las demandas, las quejas y los chismes de los problemas que se presentaban. Una caución era un aviso de comportamiento, si la persona incumplía o volvía cometer el mismo acto, debía pagar una multa o prestar algún tipo de servicio social para remediar el daño.

—Oiga, ¿por qué se salió de donde Buenaventura? —*Preguntó Hermelinda.*

—Él se casó con la señora Paulina, y como ya tenía mujer, no me podía tener más ahí.

—Pero su mamá ya había salido, ¿no?

11 Catre: cama de lona en forma de tijera.

—En esos días nos tocó salir a los dos. Ella se fue a vivir con un señor Moisés en Algodonales, allá le trabajaba haciendo oficio y cuidando a las hijas.

—¿Y usted se fue con ella?, ¿o a dónde llegaba a dormir?

—No. Yo me quedé porái… donde Juan Bermúdez.

—Ah, el marido de la tía Mercedes.

—Sí. Con Simón, el hermano de Juan, nos íbamos a trabajar donde un señor Parmenio. Eso por allá me ponían a echar pala, limpiar sementeras[12], desyerbar, rozar[13] potreros, cortar caña para las moliendas, coger café, bajar naranjas… ya desde que uno pudiera con el machete lo ponían a trabajar.

—Abuelo, ¿y por eso les pagaban?

—Ahí verá si no.

—¿Cuánto les pagaban por día?

—Cinco centavos.

Ernesto Reyes, año 2024. (Foto José Luis Sánchez).

En ese momento, Ernesto no parecía dispuesto a hablar más. Reposó ambos brazos sobre la mesa y se quedó mirando pensativo, tenía sueño y quizás tantas preguntas lo abrumaron. Estaba atardeciendo, la abuela dejó sobre la mesa el café bueno que seleccionaron y se llevó el malo para la basura. Luego se fue para la cocina y yo me puse a observar a Ernesto, su mirada parecía estar aún en el pasado que evocamos, como si viajara continuamente entre la casa de su tío, la escuela, el campo y el taller de carpintería. Solo volvió al presente para mirar a Hermelinda y recibir el plato de avena con calado[14] que traía para merendar.

12 Sementera: sembrado de yuca, caña o maíz.
13 Rozar: cortar con machete la hierba mala o maleza.
14 Calado: tostada.

Retrato en óleo de Ernesto Reyes, año 2024. (Pintor Gabriel Yepes).

Julio 8 de 2021, barrio La Palmita, Pacho.

La siguiente vez decidí visitarlos en la mañana. Encontré a Ernesto sentado en la mesa de la sala tomando una aromática de romero. Estaba despeinado, con la camisa abierta, el pantalón de pijama y unas pantuflas que se veían cómodas y elegantes. Lo saludé, pero a veces no me reconoce, así que me devolvió un saludo inseguro. A la abuela le di un abrazo.

Tuve que volver a preguntarle a Ernesto varias cosas para retomar el hilo de la conversación. Me contó que después de trabajar en la sementera con el hermano de Juan Bermúdez decidió dejar la vereda para buscar trabajo en otros lugares. Hermelinda se sentó con nosotros mientras la señora Clara hacía el almuerzo:

—Estaba yo en el Mortiño trabajando, cuando nos tocó irnos por la política. Eso fue como en el año cincuenta.

—Ah, sí. Se fue con el primo Gerardo Reyes pa Supatá[15]. Oiga, Ernesto, ¿por qué se fueron?

—Pues por la política. Los liberales querían que los conservadores se voltearan. Eso hasta les quemaban las casas a los que no quisieran votar por ellos. A nosotros nos dio miedo que nos fueran a hacer algo porque éramos conservadores. Entonces nos fuimos para Supatá a trabajar, pero por allá me llevaron al cuartel pa que fuera a prestar el servicio militar. No me tocó ir al monte, porque Gerardo era uña y mugre con una gente importante, eso se inventaron que a mí me tocaba sostener a mi mamá, y como era único hijo, no tuve que prestar servicio.

—Sí, eso se los llevaban pal monte, a pelear con la chusma[16] —*agregó Hermelinda.*

—Por allá aprendimos algo de mecánica, eso uno mismo fue echándole cabeza a la vaina y capacitándose en el arreglo de máquinas de descerezar[17] café y también en carpintería. De vez en cuando iba a visitar a mi mamá. Caminando eran unas tres horas de Supatá a Algodonales, allá mi mamá siempre me tenía arepas y platica, con eso me hacía una maleta y yo me iba por La Máquina[18] para salir al alto donde está la carretera y devolverme a Supatá. Solamente estuve un año por allá. Eso se puso maluco, no había nada que hacer, la gente no trabajaba y casi no había comida, por eso me aburrí y me vine pa Pacho. Gerardo se quedó un tiempo más porque había comprado una casa allá, era un lote al lado de San Francisco[19], ahí trabajamos un tiempo en carpintería y él también hacía escopetas.

15 Supatá: Municipio de Cundinamarca, ubicado 20 kilómetros al suroriente de Pacho.

16 Chusma: forma despectiva como llamaban a los liberales de la época.

17 Descerezar: quitar la cáscara roja en la que está la semilla del café.

18 La Máquina: Vereda de Pacho.

19 San Francisco: Pueblo cercano a Supatá.

—Abuelo, ¿y él cómo aprendió?

—La inteligencia… Luego Gerardo también se vino pa Pacho, hicimos una casa en el pueblo y ahí mismo vivíamos. Después fue que él le vendió esa casa a mi tío Buenaventura y pasó ese problema tan grave.

—Ahí fue cuando estuvo trabajando en la Crinolina[20], ¿cuando eso era novio de Edilma Rincón?, esa era una de las muchachas de ahí. —*Ernesto no quiso responder, levantó los hombros y simuló no haber escuchado bien. Hermelinda sonrió y continuó*—: entonces, ¿allá qué lo ponían a hacer?

—Eso me tocaba recoger madera pa vender y ahí también fui aprendiendo a batientar. Luego me fui pal Mortiño, otra vez pa donde el tío Buenaventura. Yo le había comprado un motor a Gerardo que tenía sierra y broca, eso me servía para trabajar en carpintería.

Le pregunté a Ernesto qué es batientar. Él agarró el control del televisor que estaba sobre la mesa y así me explicó que se le hacen dos cortes a la tabla, uno por el canto, o sea por el borde, y otro más adelante. Así queda un espacio donde se ensambla la otra tabla con los mismos cortes y quedan niveladas.

Por su parte, Gerardo se quedó en Pacho y se asoció con un señor para poner una fábrica de trapiches[21]. El trato consistía en que el socio los fabricaba y Gerardo los vendía. El primer modelo lo sacó del trapiche que tenía el tío Buenaventura en el Mortiño. Me contó mi papá que cuando Gerardo aprendió de su socio la parte de la fabricación, deshizo la sociedad y se quedó con la industria. Con los años, el negocio tomó el nombre de Gerrey y le dio a Gerardo un considerable éxito económico.

Les pedí a mis abuelos que me contaran después la historia de lo que pasó cuando Ernesto volvió al Mortiño, y que por ahora me dijeran cómo terminó la vida de Resurrección. Sin embargo, ya casi era hora del almuerzo y Ernesto tenía hambre, así que Hermelinda empezó de nuevo la historia:

—Ella se fue a trabajar allá donde Moisés a la cocina, pero ya después de que vivieron un tiempo juntos se casaron. ¿Por la iglesia, cierto?

—Sí —*Ernesto se animó*— pero luego don Moisés me dijo que eso ella, si no era mala de una cosa, era de otra; el viejo me dijo que mi mamá ya no le servía para nada, que si me hacía cargo de ella. Yo le dije que sí, que me la llevara.

—Ella sufría de reumatismo y también tenía baja el azúcar en la sangre —*agregó Hermelinda*—. Entonces Ernesto la trajo a vivir con nosotros. Primero estuvo unos años allá en la casa del Mortiño y después en el pueblo, acá en La Palmita. Eso sí hartos años, Henry ya había nacido, y cuando ella se murió, Mauricio estaba chiquito. Alcanzó a vivir con nosotros unos seis o siete años.

20 Crinolina: barrio de Pacho.
21 Trapiche: molino con el cual se saca el jugo de la caña.

Casa donde vivió Resurrección con Moisés en Algodonales, año 2023. (Fotos Cristian Prieto).

Abuela Resurrección con Judith y Henry. (Archivo de la familia Reyes Peña).

Moisés Bermúdez era un campesino negociante. Pasaba en caballo por el Mortiño porque tenía negocios con Tomás Peña, el papá de Hermelinda. Mi papá me contó que las cuentas entre ambos eran tan transparentes que un día Tomás mandó a su hijo Luis a que le pagara una plata a Moisés. Este devolvió al niño y le mandó decir al papá que ya no le debía nada. Esta vez fue el mismo Tomás a hacerle bien las cuentas para que le aceptara el dinero que le debía. En ese entonces la palabra era la base de los negocios.

»Ella no decía nada del marido, pero intentaba devolverse pa que la recibiera porque el viejito se quedó allá con alguna de las hijas. Un día dijo que se iba a misa, pero se voló, se fue hasta la vereda y allá tal vez el viejo no la quiso recibir. Aquí en la casa, Ernesto era los ojos de ella, pero con los chinitos era complicada. A unos les tenía como más aprecio que a otros. Eso se ponía a regañarlos, a decir que les echaran juete y que los pusieran a hacer oficio. ¡Ay, eso era que ella los viera comiendo algo de la tienda! Cuando yo la veía con sus aspavientos le decía: déjelos comer, se llega el día que uno no puede comerse ni un roscón con azúcar, Dios da para todos. Pero eso ella era chistosa, se ponía brava porque ellos comían y a escondidas le pedía a Nubita que le llevara cosas de la tienda, la quería harto porque ella le llevaba helados, bocadillos, galletas…

Otra anécdota que me contó mi papá fue que hace unos años el abuelo Ernesto se enfermó, le dio algo así como una presión en el pecho y lo tuvieron que llevar al hospital. Allá, mientras mi papá lo acompañaba en una silla al lado de la camilla, quizás pensando en la muerte, le contó cómo murió Resurrección. La misma historia me la contó Hermelinda:

»Ella tomaba pastas pa la tensión, tenía su mal del azúcar, del reumatismo y también tenía su pechuguera, o sea que le sonaba el pecho como bronquitis. Ella se acostó bien, ese día Ernesto se había ido para Bogotá y acá quedó Guillermo, el muchacho que le ayudaba en el taller. Ella dormía en la piecita de atrás, Ernesto se la construyó para que estuviera más cómoda, pero ella murió como a los dos meses de haberse pasado ahí. Cuando amaneció, se me hizo raro que no se levantara, me asomé por la ventana y estaba ahí como arrodillada al borde de la cama. Yo le dije: venga, abra la puerta. Ella decía que ahorita, pero no se paraba ni hacía nada. Yo pensé: no, eso está enferma. Ahí fue cuando le dije a Mauricio, que estaba pequeñito, que se metiera por la ventana, el chinito fue y le quitó el cerrojo a la puerta. Abrí y sí, ya estaba mala, tal vez le dio como un derrame cerebral o yo no sé. Yo le llevé lechecita y la paladié. Nubia y yo estuvimos con ella planchando y acompañándola, ya tardecito cuando nos íbamos pa adentro, Nubita me ayudó y yo la levanté, pero uy no, eso pa levantar un enfermo es muy difícil. Le pusimos un saquito pa que estuviera más abrigadita y al rato llegó Ernesto.

—Sí —*agregó Ernesto*—, cuando llegué yo le dije que si la llevaba al hospital esa noche y ella me dijo: no, mañana. Mañana fue que amaneció muerta.

—Ernesto se levantó porái a las cuatro de la mañana y cuando entró dijo: mi mamá se murió, mi mamá está muerta. Nos levantamos todos, él mandó al Guillermo a avisar por allá pa en el Alto del Cedro, en Pasuncha[22], donde vivía el padrino Miguel y la tía de Ernesto, Ascención.…

—Y yo me fui pa donde Manolo, le dije que me ayudara a arreglar con la funeraria y todo eso.

—Vino un médico a medio ver de qué había muerto. La velamos aquí en la sala, ahí le pusimos el cajón y las velas. La enterraron aquí en Pacho.

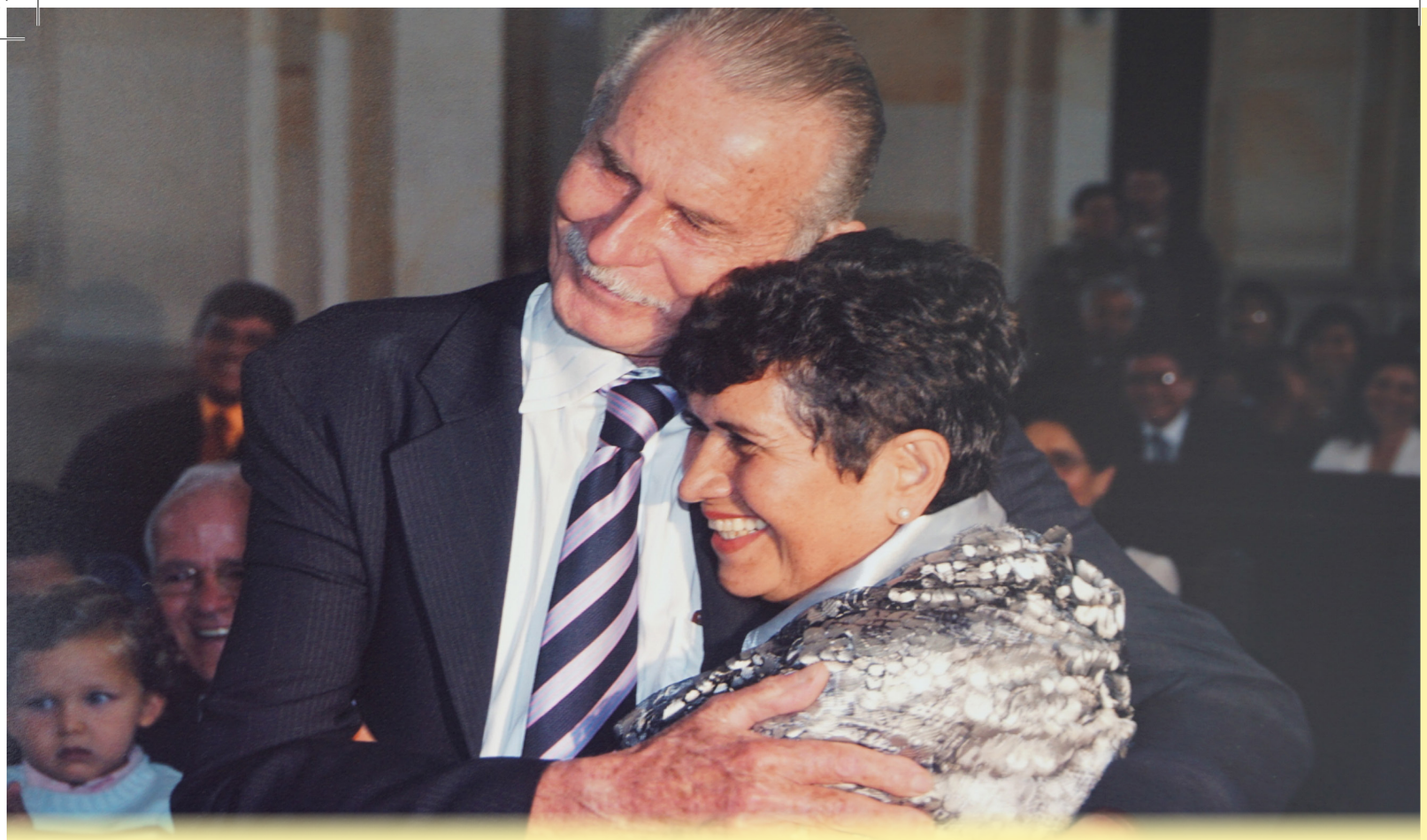
Nos quedamos por un momento en silencio, Ernesto parecía incómodo, se quedó mirando fijamente hacia la mesa y se empezó a incorporar despacio para irse.

—Abuelo, ¿se va a ir?

—¿No le va a seguir contestando ahí las preguntas?

—¿Es que toca hablar más?

22 Pasuncha: Corregimiento de Pacho.



Edmundo Corradine murió años antes, en 1951, con setenta y ocho años. Fue tan poca la relación que mi abuelo tuvo con su papá, que cuando los trabajadores llevaban al difunto Edmundo por el camino del Mortiño, el abuelo iba bajando con un viaje de naranjas en una mula para vender en el pueblo y le dijeron: mire, ahí llevan a su papá. Pero él ni se inmutó, no podía llorar a alguien que no conocía y que nunca ejerció su rol de padre. Carlos Arévalo, un vecino de la casa de mis papás en La Palmita, que trabajó en la siderúrgica, le contó a mi papá que a él le encargaron llevar el cuerpo de Edmundo hasta Bogotá, donde estaba su esposa legítima y sus hijos. Después corrieron la voz por la vereda, que todo el que fuera hijo del descendiente inglés fuera a la hacienda San Jorge para reclamar la parte de su herencia, pues Edmundo tenía más hijos fuera del matrimonio. Ernesto se negó a ir.

Este relato, acompañado de voces distintas a la de Ernesto, solo es una prueba más de que la memoria no es lineal. Por lo general es una cosa fragmentada que trae imágenes por partes y así mismo las deja salir. Aunque a algunos les cueste revivirla, como al abuelo, afortunadamente hay otros, como la abuela, que constantemente buscan las historias, las recuerdan, las cuentan o las preguntan con sincera curiosidad. Ella, durante sus años con Ernesto, le preguntó muchas cosas y fue testigo de tantas otras, que es hoy quien hace el trabajo de hacerle recordar y quien muchas veces puede darles voz a sus olvidos.

Ernesto y Hermelinda en 2008 (Archivo de la familia Reyes Peña).

Edmundo Corradine en su edad más adulta, finca San Jorge. (Fotografía sacada de Historypin).